

## LA GRAN *HISTORIA DE LA CATEDRAL DE HUESCA* (1991) DE ANTONIO DURÁN GUDIOL

La catedral es sin duda el monumento más importante de la ciudad de Huesca. Sus antiguas estructuras no solo atesoran lo que es ahora, sino que conservan huellas de lo que fue y son la base de cómo se presentará en el futuro en virtud de una labor constante de recuperación y adaptación. La seo oscense es una obra histórica y artística de primer orden, pieza singular de nuestro patrimonio y clave en cuanto a representación e identidad, que ha sido estudiada en diferentes épocas y con distintas metodologías para su conocimiento, su conservación y su promoción.

La primera monografía fue publicada en 1924 por Ricardo del Arco: se trata de un trabajo, todavía de referencia obligada, que recoge y organiza todo lo conocido hasta el momento, aportado directamente por el autor o por otros estudiosos, desde Aínsa hasta Novella, Ramón de Huesca o Joaquín Llabrés, pues todos los cronistas y los historiadores locales hicieron su particular contribución al tema. Pero la dedicación de Antonio Durán fue mayor, ya que hizo del monumento una constante en su investigación desde que llegó a la ciudad como canónigo archivero de la catedral en 1947. Precisamente su primer artículo, publicado en la recién aparecida *Argensola* (número 3, de 1950), lo cambió todo: cimbró los cimientos sobre los que se había construido el conocimiento hasta el momento al rechazar que la actual catedral se hubiera levantado en el puesto ocupado antes por la mezquita aljama de la ciudad —en su opinión, a falta de ese edificio, se habría construido una primera catedral románica— y asimismo negar la consagración de la sede a Jesús Nazareno. Por supuesto, la respuesta de Ricardo del Arco, también en las páginas de *Argensola*, fue tan rápida (número 5, de 1951) como contundente. No obstante, las cosas ya no volvieron a ser igual: Antonio

Durán mantuvo sus dudas en varios aspectos y siempre quiso averiguar si la catedral compartió solar con la antigua mezquita y, de ser así, dónde estaba emplazado exactamente el templo musulmán. Su última y definitiva obra sobre este asunto fue la *Historia de la catedral de Huesca*, publicada por el Instituto de Estudios Altoaragoneses en 1991, mucho más que una monografía de corte artístico, pues en ella se entretrejen diversos aspectos relacionados, como las vicisitudes del clero, los obispos, otros personajes y las instituciones asistenciales asociadas, además del proceso de conformación del solar, la construcción del edificio y su dotación. Es una obra de recopilación que, no obstante, también replantea los problemas de investigación, promueve la interdisciplinariedad (especialmente la colaboración con la arqueología), la reinterpretación de datos y la relectura de los documentos a la luz de los nuevos descubrimientos, porque, por supuesto, la historia de la catedral de Huesca no estaba acabada entonces, y tampoco lo está ahora.

La “Sección temática” de este número, “La catedral de Huesca: historia, arte y patrimonio treinta años después”, está algo más nutrida de lo habitual, pues incluye siete artículos diversos en cuanto a temática específica y perspectivas de análisis del objeto de estudio. Los que abordan trabajos arqueológicos evitan centrarse en la relación de continuidad entre mezquita y catedral. La arqueóloga Julia Justes Floría traslada al no especialista los hallazgos de las sucesivas campañas a su cargo, realizadas durante más de diez años tanto dentro del edificio —a raíz de determinadas obras de consolidación o mejora— como en su entorno gracias a un proyecto llevado a cabo de 2018 a 2021 e impulsado por el obispado y el Área de Cultura de la Comarca Hoya de Huesca, entre otros organismos. En estas excavaciones Justes ha escogido como elemento de referencia el muro que compartían las antiguas dependencias canónicas y la crujía norte del claustro románico, que, como señaló Antonio Durán en 1987, muy probablemente era el cierre norte de la mezquita. Junto a la información obtenida en esa zona, son también de enorme relevancia los restos hallados en las sacristías y sus anexos, donde fue hallada parte de una estructura semejante a las construcciones defensivas de la Wašqa andalusí. El historiador del arte Antonio Naval Mas, autor de varias monografías sobre hitos del conjunto que revisten especial complejidad (el palacio episcopal, los claustros) y también del edificio catedralicio en sí, plantea en su artículo teorías e hipótesis más que conclusiones. También su análisis parte del muro musulmán citado, que, en su caso, no considera de fábrica exclusivamente islámica, sino parcialmente visigoda. De igual manera, proporciona una explicación muy

llamativa para el brazo de bronce que fue hallado en el solar de la actual Parroquieta cuando se preparaba el sepulcro de su promotor, el obispo Honorio Onaindía, a finales del siglo XIX. Naval lo relaciona con el Augusto de Prima Porta.

Gracias a Cielo Entrena Fernández contamos con una reconstrucción gráfica, muy didáctica, del proceso de edificación de la catedral a través de los cambios operados en su fachada principal, elemento que la autora recrea en varios dibujos coloreados que abarcan desde 1369 hasta la actualidad. Por medio de las ilustraciones podemos imaginar el aspecto del templo con la techumbre más baja en sus primeras etapas constructivas, con la portada llena de color o con una torre de mayor altura que la actual y coronada por un chapitel. Se trata de un trabajo riguroso, realizado siempre a la luz de las fuentes, escritas o gráficas, ofrecidas por los investigadores.

Susana Villacampa Sanvicente proporciona una visión de conjunto de los azulejos utilizados en la catedral. Se trata de piezas, hasta ahora poco estudiadas, que dieron un aspecto muy definido al interior del templo, con su aporte de brillo, color y también aislamiento de la humedad a toda la sección inferior: el piso de las naves, el coro y las capillas y la parte baja de los pilares, así como los arrimaderos y los frontales de altar. La autora ha podido identificar los restos del primer pavimento de este tipo, que fue colocado a comienzos del siglo XVI, después de dar por terminada la última fase constructiva del edificio y en sustitución de los anteriores de cantos rodados y grandes losas de piedra arenisca. El primer piso de mármol, probablemente del XIX, cambió sustancialmente el aspecto del conjunto, pero todavía las capillas conservan buena parte de sus azulejos históricos. Un equipo formado por Blas Matas Serrano, Pablo Martín-Ramos y José Antonio Cuchí Oterino complementa este estudio al analizar una muestra de seis azulejos con un equipo de fluorescencia de rayos X (XRF) portátil. El procedimiento ha permitido conocer la composición de las arcillas y los elementos contenidos en la coloración y el acabado, así como los minerales de donde fueron extraídos, además de aportar datos sobre su técnica de fabricación, en casi todos los casos la de la mayólica, introducida en el siglo XVI.

Otro equipo interdisciplinar, integrado por Carolina Naya Franco, Carmen Morte García, Pablo Martín-Ramos, José Antonio Cuchí Oterino, Miguel Ángel Peller García y María Cinta Osácar Soriano, ha utilizado el mismo equipo de emisión de rayos X para estudiar un cáliz dorado y esmaltado, pieza principal de un conjunto de alhajas regalado por el obispo Joaquín Sánchez Cutanda y Miralles en 1807 que

incluye también la patena del cáliz, una campanilla, una cucharilla y vinajeras. El grupo de investigación ha comprobado que no se trata de piezas de oro puro, como se pensaba, sino muy probablemente de plata con un sobredorado mucho más grueso que el habitual, pues el peso del cáliz sería mucho mayor si se hubiera fundido en ese material y, por el contrario, sus paredes serían mucho más delgadas.

Por mi parte, he estudiado el retablo de la capilla de santa Ana, esculpido casi con seguridad por Damián Forment hacia 1522 y encargado por el canónigo Martín de Santángel. Santángel fue uno de los líderes del grupo o partido converso de la catedral de Huesca, facción que se opuso con tenacidad al candidato de los cristianos viejos o de la Inquisición durante la crisis sucesoria del obispo Juan de Aragón y Navarra (1517-1528). Por lo que hace al retablo de la capilla, trato de fundamentar que la selección de motivos iconográficos llevada a cabo por el canónigo —especialmente el grupo principal de santa Ana triple, con las cerezas— tuvo como objetivo destacar su condición judía, compartida con el propio Jesús. Este y otros mensajes judaizantes habrían motivado los daños perpetrados poco después no solo en las figuras del retablo, sino también en el retrato orante de Santángel.

El “Boletín de noticias” cuenta con tres aportaciones. Emilio López López reseña las diferentes colaboraciones del libro *La Universidad de Huesca (1354-1845): quinientos años de historia*, coordinado por Pablo Cuevas Subías y publicado en 2020 gracias a la colaboración de varias instituciones nacionales y extranjeras entre las que figura el IEA. Desde los antecedentes culturales de la Huesca medieval hasta los últimos años del Estudio General y los motivos alegados para su extinción, numerosos especialistas analizan los ámbitos de formación y la vida académica de una institución que dejó en Huesca un vacío muy difícil de llenar. Otra pérdida, pero muy distinta, refiere Alejandra Salazar Escar en su trabajo. La autora apunta los temas alegóricos desarrollados en las exequias celebradas en la ciudad de Huesca por el fallecimiento de la reina María Luisa Gabriela de Saboya, ocurrida el 14 de febrero de 1714, como parte de los honores que se rindieron a la soberana en todo Aragón. Muy dramático fue también el resultado de la improvisada toma del cuartel del Carmen de Zaragoza que tuvo lugar el 9 de enero de 1920. Juan José Oña Fernández da cuenta de cómo se recibió en Huesca a través de la prensa —concretamente del periódico vespertino *El Diario de Huesca*— la noticia de la sublevación, llevada a cabo por un minoritario grupo de la tropa dirigido por el sindicalista Ángel Chueca e inmediatamente sofocada.

La “Sección abierta”, en esta ocasión breve, presenta dos trabajos muy distintos, pero ambos indicativos de alguna forma del pasado cultural de Huesca. Asunción Blasco Martínez retoma un estudio anterior para profundizar en la trayectoria personal y profesional de Eliezer ben Abraham Alantansí, judío de Huesca y fundador, junto con otros dos socios, de la primera imprenta hebrea de Aragón, y la segunda de la Península, en Híjar (Teruel), que estuvo en funcionamiento solo entre 1485 y 1490. La suerte del impresor y de su familia está íntimamente ligada a la de la aljama oscense durante la instalación de la nueva Inquisición, y la dureza con que este tribunal castigó los supuestos crímenes ocurridos en el pasado explica el desconocido o terrible final de algunos Alantansí. Por su parte, Pablo Cuevas Subías se ocupa de dignificar la memoria de la desaparecida Universidad de Huesca. Apunta a que su cierre, que tuvo lugar en 1845, no se debió a razones académicas, y como argumento a favor de ello bastaría con tener en cuenta el nivel de sus últimos alumnos y de los primeros de la institución heredera, el Instituto de Segunda Enseñanza, entre los que figuraban Pascual Madoz, Joaquín Costa, Basilio Paraíso, Santiago Ramón y Cajal y Rafael Salillas. Por otro lado, Cuevas insta a recordar con orgullo ese pasado a través de la digna recuperación de su antiguo patrimonio mueble. Gracias a un esfuerzo conjunto, el IES Ramón y Cajal cuenta hoy con un discurso museográfico que recrea, por ejemplo, el programa iconográfico de la sala de consejos o claustro de la Universidad Sertoriana con las piezas originales y ha encontrado acomodo para la magnífica colección de ciencias naturales del siglo XIX propiedad del centro.

Como siempre, los responsables de que *Argensola* salga a la luz deseamos que el contenido de este número sea del agrado de sus lectores y contribuya al mejor conocimiento de Huesca y del Alto Aragón, convencidos de que el pasado, sin duda, forma parte del presente y modela lo que está por venir.

M.<sup>a</sup> Celia Fontana Calvo  
Directora de la revista *Argensola*